

Garcilaso de la Vega

La producción literaria de Garcilaso es breve y exclusivamente poética: en metros italianos escribió tres églogas, treinta y ocho sonetos, dos elegías, cuatro canciones y una oda; en verso octosílabo, propio de los cancioneros, unas cuantas composiciones de mocedad.

A. Una copla en el arte real castellano. Recogemos la copla VIII, que es un típico villancico castellano —con estribillo, mudanza y vuelta—, de tema amoroso.

Copla VIII

Nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.

Porque la gloria de veros
en ese punto se quita
que se piensa en mereceros.

Así que, sin conoceros,
nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.

B. SONETOS (Alhambra: I, X, XVII, XXIII, XXVI, XXXVIII; Anaya-Tusón: IV, XXIII, Anaya-Antología: V, X)

Garcilaso fue el artífice de adaptar el soneto italiano a la lírica española, tras el intento del marqués de Santillana, en el siglo XV, en sus “sonetos fechos al itálico modo”. Veamos algunos de los más significativos.

Soneto V

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo escribisteis, yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mí cuanto en vos
veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma mismo os quiero.

Cuando tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir, y por vos muero.

Soneto XXVII

Amor, amor, un hábito vestí,
el cual de vuestro paño fue cortado;
al vestir ancho fue, más apretado
y estrecho cuando estuvo sobre mí.

Después acá de lo que consentí,
tal arrepentimiento me ha tomado,
que pruebo alguna vez, de congojado,
a romper esto en que yo me metí.

Mas, ¿quién podrá de este hábito librarse,
teniendo tan contraria su natura,

que con él ha venido a conformarse?

Si alguna parte queda por ventura
de mi razón, por mí no osa mostrarse,
que en tal contradicción no está segura.

Soneto XXXVI

A la entrada de un valle, en un desierto,
do nadie atravesaba ni se vía,
vi que con extrañeza un **can** hacía
extremos de dolor con desconcierto;

ahora suelta el llanto al cielo abierto,
ora va rastreando por la vía;
camina, vuelve, para y todavía

quedaba desmayado como muerto.

Y fue que se apartó de su presencia
su amo, y no le hallaba, y esto siente;
mirad hasta do llega el mal de ausencia.

Me movió a compasión ver su accidente;
díjele lastimado: «Ten paciencia,
que yo alcanzó razón, y estoy ausente».

can: perro

C. CANCIONES. Destacan la tercera, escrita desde la isla de Danubio, y la quinta, donde utiliza por primera vez la lira, estrofa inventada por el italiano Bernardo Tasso, muy utilizada por Fray Luis de León y San Juan de la Cruz.
(Señaladas por García López)

CANCIÓN V

Si de mi baja lira
tanto pudiese el son que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento
y la furia del mar y el movimiento,

y en ásperas montañas
con el süave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese
y al son confusamente los trujiese:
no pienses que cantado

seria de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido,

ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes,
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados;
mas solamente aquella
fuerza de tu beldad seria cantada,
y alguna vez con ella
también seria notada
el aspereza de que estás armada,

y cómo por ti sola
y por tu gran valor y hermosura,
convertido en viola,
llora su desventura
el miserable amante en tu figura.
Hablo d'aquel cativo
de quien tener se debe más cuidado,
que 'stá muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

(...)

(Texto tomado de Juan Francisco Alcina, 1999.)

D. ÉGLOGAS. Sus tres églogas son de ambiente pastoril.

-La Égloga I está compuesta en estancias y presenta dos partes, donde se exponen dos emociones del poeta que se muestra en el desdoblamiento en dos pastores: Salicio se queja de los desdenes de la amada y Nemoroso llora la muerte de la suya. Es considerada una obra insuperable tanto por la emoción que transmite como por la delicada representación del paisaje y la perfección de sus versos, llenos de musicalidad.

-La Égloga II, dedicada al duque de Alba, expone los amores desgraciados de dos pastores (Albanio y Camila) junto a las hazañas de la casa de Alba.

-La Égloga III, escrita en octavas reales, tiene como escenario el río Tajo, donde unas ninfas se ponen al atardecer a tejer tapices que reproducen mitos amorosos de la antigüedad clásica. Las tres primeras representan las historias de Orfeo y Eurídice, Venus y Adonis, Apolo y Dafne; la cuarta teje la historia de la ninfa Elisa.

Égloga I (Elías L. Rivers)

Al virrey de Nápoles

Personas: SALICIO, NEMOROSO

1. El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores, de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo
y un grado sin segundo,
agora estás atento sólo y dado al ínclito gobierno del estado
albano, agora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte;

2. agora, de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza, el monte fatigando
en ardiente ginete que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando:

espera, que en tornando
a ser restituído
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita, innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras,
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

3. En tanto que este tiempo que adevino
viene a sacarme de la deuda un día
que se debe a tu fama y a tu gloria
(qu'es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria),
el árbol de victoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

SALICIO

5. ¡Oh más dura que mármol a mis quejas
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas,
que no hay sin ti el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿D'un alma te desdeñas ser señora
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

7. Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente solo a mí debiera.
¡Oh Dios!, ¿por qué siquiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte d'un estrecho amigo,
no recibe del cielo algún castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

8. Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte m'agradaba;
por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto m'engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán d'otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja, repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

9. Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
a abreviar en el Tajo mi ganado;
y después de llegado,
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua s'iba;
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

10. Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
de tus hermosos brazos añudaste? No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada hiedra
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no s'esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

14. ¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
siempre fuera tenido de ti en precio
y no viera este triste apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
buscan en el estío

mis ovejas el frío
de la sierra de Cuenca, y el gobierno
del abrigado Estremo en el invierno?
Mas ¡qué vale el tener, si derritiendom'estoy en llanto eterno!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

15. Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan;
los árboles parece que s'inclinan;
las aves que m'escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen
y mi morir cantando m'adevinan;
las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste:
tú sola contra mí t'endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
a los que tú hiciste
salir, sin duelo, lágrimas corriendo.

16. Mas ya que a socorrerme aquí no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste,
que bien podrás venir de mí segura.
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
ven si por solo aquesto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
ves aquí un' espesura,
ves aquí un agua clara,
en otro tiempo cara,
a quien de ti con lágrimas me quejo;
quizá aquí hallarás, pues yo m'alejo,
al que todo mi bien quitar me puede,
que pues el bien le dejo,
no es mucho que'l lugar también le quede.

17. Aquí dio fin a su cantar Salicio,
y sospirando en el postrero acento,
soltó de llanto una profunda vena;
queriendo el monte al grave sentimiento
d'aquel dolor en algo ser propicio,
con la pesada voz retumba y suena;
la blanda Filomena,
casi como dolida
y a compasión movida,
dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso,
decildo vos, Piérides, que tanto
no puedo yo ni oso,
que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

18. Corrientes aguas puras, cristalinas,
árboles que os estáis mirando en ellas,

verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno:
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas d'alegría;

19. y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso en el reposo,
estuve ya contento y descansado.
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aquí algún hora,
que, despertando, a Elisa vi a mi lado.
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte!
Más conveniente fuera aquesta suerte
a los cansados años de mi vida,
que's más que'l hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.

21. ¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que habia de ver, con largo apartamiento,
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego, sin lumbre en cárcel tenebrosa.

22. Después que nos dejaste, nunca paze
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena;
no hay bien que'n mal no se convierta y mude.
La mala hierba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena;
la tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en solo vellas mil enojos,

produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor d'espinas intratable.
Yo hago con mis ojos
crecer, lloviendo, el fruto miserable.

25. desta manera suelto yo la rienda
a mi dolor y ansí me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada;
ella en mi corazón metió la mano
y d'allí me llevó mi dulce prenda,
que aquél era su nido y su morada.
¡Ay, muerte arrebatada,
por ti m'estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo!
El desigual dolor no sufre modo;
no me podrán quitar el dolorido
sentir si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

26. Tengo una parte aquí de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se m'apartan;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecer me siento que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que d'allí se partan,
con suspiros callientes,
más que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno a uno;
juntándolos, con un cordón los ato.
Tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.

27. Mas luego a la memoria se m'ofrece
aquella noche tenebrosa, oscura,
que siempre aflige esta anima mezquina
con la memoria de mi desventura:
verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina;
y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos
a los airados vientos
pudieran amansar, que agora es muda,
me parece que oigo, que a la cruda,
inexorable diosa demandabas
en aquel paso ayuda; y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

28. ¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Íbate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crüeza
que, comovida a compasión, oído

a los votos y lágrimas no dieras,
por no ver hecha tierra tal belleza,
o no ver la tristeza
en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes y ofreciendo
a tus sagradas aras los despojos?
¡Y tú, ingrata, riendo
dejas morir mi bien ante mis ojos!

29. Divina Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves, estando queda,
¿por qué de mí te olvidas y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo
rompa del cuerpo y yermamente pueda,
y en la tercera rueda, contigo mano a mano,
busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos
donde descansen y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?

30. Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que solo el monte oía,
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas d'oro,
no vieran que era ya pasado el día;
la sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.

-El maravilloso soneto V resume alguna de las características fundamentales de la poesía de Garcilaso y del petrarquismo poético. Trata de identificarlas. El poema ofrece dos partes claramente diferenciadas; resume el sentido de cada una de ellas. Comenta los recursos estilísticos presentes en los tercetos.

-Analiza el uso de la alegoría en el soneto 27.

-Sintetiza el tema del soneto 36. Explica el sentido del último verso. Comenta el uso de las formas verbales en el segundo cuarteto. ¿Cuál es el recurso literario que vertebral el texto?

-Analiza la estructura métrica de la égloga.

-Comenta aquellos rasgos de la poética renacentista que más te hayan llamado la atención en estos textos de Garcilaso.

LA ÉPICA CULTA

Como consecuencia de los éxitos militares ocurridos durante los reinados de Carlos I y Felipe II, se produjo una exaltación de los valores nacionales y patrióticos; ello favoreció la vuelta al género de los poemas épicos en honor de los héroes del imperio, pero en este caso compuestos por autores cultos con versos cuidadosamente rimados —generalmente octavas reales— y lenguaje culto. Destaca entre todos ellos *La Araucana* (1569-1589), de Alonso de Ercilla, basado en la conquista de Chile por parte de los españoles al mando de Pedro de Valdivia.

Canto XXIII: Muerte del caudillo indio Caupolicán

Descalzo, destocado, a pie, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás, mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que, visto por los ojos, aún dudada.

Desta manera, pues, llegó al tablado,
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes a la vista exento;
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuerauelto.

Puesto ya en lo más alto, revolviendo
A un lado y otro la serena frente,
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente,
Que el increíble caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo a maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegose él mismo al palo, donde había
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecía
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mía
Me tienen esta muerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningún mal hay grande, si es postrero».

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente

Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demás había sufrido,
Sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:

«¿Cómo qué? ¿en cristiandad y pecho
honrado

Cabe cosa tan fuera de medida
Que aun hombre cómo yo tan señalado
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir al más culpado;
Que al fin todo se paga con la vida;
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza y no castigo.

»¿No hubiera alguna espada aquí de
cuantas

Contra mí se arrancaron a porfía,
Que, usada a nuestras miserables gargantas,
Cercenara de un golpe aquesta mía?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de
tantas

Maneras la fortuna en este día,
Acabar no podrá que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano».

Esto dicho, y alzando el pie derecho
(Aunque de las cadenas impedido)
Dio tal cozo al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido;
Reprehendido el impaciente hecho,
Y él del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
Por más que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fue bastante

A que al dolor intenso se rindiese;
Que con sereno término y semblante,
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó de la manera
Que si asentado en tálamo estuviera.

En esto, seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban
Treinta pasos de trecho desviados,
Por orden y de espacio le tiraban;
Y, aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban
Temiendo poner mano en un tal hombre,
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas, fortuna cruel, que ya tenía
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salía,
Forzando el curso le traía derecho;
Y en breve, sin dejar parte vacía,
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido
Al más cruel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, señor, no estuve yo presente,
Que a la nueva conquista había partido
De la remota y nunca vista gente;
Que, si yo a la sazón allí estuviera,
La cruda ejecución se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban a mirarle,
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aún puesto allí desfigurarle:
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte
Que no osaban dejar de respetarle;
Ni allí se vio en alguno tal denuedo
Que puesto cerca del no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa
Derramó por la tierra en un momento
La no pensada muerte ignominosa,
Causando alteración y movimiento:
Luego la turba, incrédula y dudosa,
Con nueva turbación y desatiento,
Corre con priesa y corazón incierto
A ver si era verdad que fuese muerto.
(...)

No la afrentosa muerte impertinente
Para temor del pueblo ejecutada,
Ni la falta de un hombre así eminente

(En que nuestra esperanza iba fundada)
Amedrentó ni acobardó la gente;
Antes de aquella injuria provocada
A la cruel satisfacción aspira,
Llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza
Por la afrenta y oprobio recibido;
Otros con la codicia y esperanza
Del oficio y bastón ya pretendido,
Antes que sosegase (la tardanza)
El ánimo del pueblo removido
Daban calor y fuerzas a la guerra,
Incitando a furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravería
De Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopía,
Purén, Cayocupil y Mareande,
En un espacio largo no podría
Y fuera menester libro más grande,
Que cada cual con hervoroso afecto
Pretende allí y aspira a ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sabio, conociendo
Pocos para el gran cargo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo,
Les hizo mensajeros diligentes
Para que se juntasen a consulta
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban,
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos, recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron:
Otros que a otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sabio parecer de Colocolo.

Fue entre ellos acordado que viniesen
Solos, a la ligera, sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algún indicio,
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que, con industria y artificio,
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contricción fingida.

El plazo puesto y sitio señalado,
En un cómodo valle y escondido,
La convocada gente del senado

Al término llegó constituido;
Y entre ellos Tucapel determinado
De por bien o por mal ser elegido,
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.
(...)

Pero si no os cansáis, señor, primero
Que os diga lo que dijo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero
Y volver el designio a nuestro polo:
Que, aunque a deciros mucho me profiero,
El sujeto que tomo basta sólo
A levantar mi baja voz cansada,
De materia hasta aquí necesitada.

Mas, si me dais licencia, yo querría,
(Para que más a tiempo esto refiera)
Alcanzar, si pudiese, a don García,
Aunque es diversa y larga la carrera:
El cual en el turbado reino había
Reformado los pueblos, de manera
Que puso con solícito cuidado
La justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarrica el fértil llano,
Que tiene al sur el gran volcán vecino,
Fragua (según afirman) de Vulcano,
Que regoldando fuego está contino;
De allí, volviendo por la diestra mano
Visitando la tierra, al cabo vino

Al ancho lago y gran desaguadero
Término de Valdivia y fin postrero:

Donde también llegué, que sus pisadas
Sin descansar un punto voy siguiendo,
Y de las más ciudades convocadas
Iban gentes en número acudiendo
Pláticas en conquistas y jornadas;
Y así, el tumulto bélico creciendo,
En sordo son confuso ribombaba
Y el vecino contorno amedrentaba:

Que arrebatado del ligero viento,
Y por la fama lejos esparcido,
Hirió el desapacible y duro acento
De los remotos indios el oído;
Los cuales, con turbado sentimiento
Huyen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el oscuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que, rasgando el cielo,
Baja tronando envuelto en llama ardiente;
Ni terremoto, cuando tiembla el suelo,
Turba y atemoriza así la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.

- Resume lo acontecido en el episodio.
- Investiga en libros de Historia de América acerca de la conquista de Chile.
- Analiza la actitud del autor hacia los indios araucanos.
- Comenta el uso de la adjetivación en el segundo texto.

LA POESÍA EN LA SEGUNDA MITAD DEL XVI

Fray Luis de León

La producción poética original de Fray Luis de León es escasa; destacan las seis Odas. El autor muestra en ellas una fecunda síntesis entre religiosidad e intelectualismo renacentista. Se advierte en sus versos además un constante deseo de abandonar este mundo material en busca del más allá espiritual y divino. Ello da lugar a las contraposiciones semánticas que vertebran su poesía, escrita con soberana perfección: cielo/suelo; tierra segura/mar bravío; mundanal ruido/vida solitaria. Aquí tienes una muestra.

Oda a la vida retirada

1
Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

2
Que no le enturbie el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio Moro, en jaspes sustentado.

3
No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

4
¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

5
¡Oh campo, oh monte, oh río,
oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo,
huyo de a queste mar tempestuoso.

6
Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo

de quien la sangre ensalza o el dinero.

7
Despiértente las aves
con su cantar suave no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atendido.

8
Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.

9
Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

(...)

15
A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me basta, y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

16
Y mientras miserablemente
se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

17 A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído

al son dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado.

Oda a la Ascensión

¡Y dejas, Pastor Santo
tu **grey** en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto!
Y tú, rompiendo el puro
aire, ¿te vas al inmortal seguro?

Los antes bien **hadados**,
y los ahora tristes y afligidos,
a tus pechos criados
de Ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sean enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado
¿quién le pondrá ya freno?
¿quién concierto
al viento fiero airado?
Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay!, nube envidiosa
aun de este breve gozo,
¿qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

grey: congregación de fieles; **hadados:**
afortunados, encantados; **aqueste:** este.

Al salir de la cárcel

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa,
en el campo deleitoso
con sólo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa,
ni envidiado ni envidioso.

- Explica la contraposición corte/vida retirada en la primera oda.
- Defina la actitud de Fray Luis en el poema compuesto a su salida de la cárcel.
- Resume la actitud del emisor en la Oda a la Ascensión.
- A partir de sus palabras sintetiza también las cualidades que adornan al Receptor.
- Analiza la función de la interrogación retórica y el uso de la adjetivación en el texto.
- Anota y comenta el contraste entre elementos positivos y negativos: bien hadados / tristes y afligidos.

San Juan de la Cruz Poesía

En la obra literaria de San Juan de la Cruz —toda ella de carácter religioso— destacan las tres grandes composiciones que describen su experiencia mística:

-El Cántico Espiritual es un poema alegórico que cuenta el viaje que en la noche emprende la Esposa (el alma humana) en busca de su Amado (Cristo); tras preguntar a las criaturas de la naturaleza, se produce el encuentro y el bellissimo diálogo entre los enamorados.

-La Noche oscura del alma es mucho más breve, si bien desarrolla el mismo argumento en el Cántico: el alma de noche abandona su casa en pos del Amado.

-La Llama de amor viva describe el encuentro del alma con Dios —el éxtasis místico— a lo largo de veinticuatro versos en los que se utiliza la llama como símbolo del amor.

Se conocen como poemas menores una serie de composiciones en los que utiliza elementos de la poesía popular e incluso de la lírica tradicional para iluminar cuestiones de la fe.

[**Nota preliminar:** Edición digital a partir de Cántico espiritual y poesías de San Juan de la Cruz según el códice de Sanlúcar de Barrameda, Burgos, El Monte Carmelo, 1928, 2 vols. Reed.: Juan de la Cruz, Santo, Cántico espiritual y poesías. Manuscrito de Sanlúcar de Barrameda, Sevilla, Consejería de Cultura y Medio Ambiente; Turner, 1990, 2 vols.]

Cántico espiritual

Canciones entre el Alma y el esposo

[LA ESPOSA]

1 ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido. 5

2 Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decíde que adolezco, peno y muero. 10

3 Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras;
y pasaré los fuertes y fronteras. 15

4 ¡Oh, bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh, prado de verduras,
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado. 20

[RESPUESTA DE LAS CRIATURAS]

5 Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura. 25

[LA ESPOSA]

6 ¡Ay! ¿Quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero. 30

7 Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo;
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo. 35

8 Mas, ¿cómo perseveras,
¡oh, vida!, no viviendo donde vives
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes? 40

9 ¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me le has robado,

¿por qué así le dejaste
y no tomas el robo que robaste? 45

10 Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos;
Y véante mis ojos,
pues eres lumbre dellos
y solo para ti quiero tenellos. 50

11 Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura. 55

[EL ESPOSO]

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma. 65

[LA ESPOSA]

14 Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos, 70

15 la noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora. 75

[EL ESPOSO]

20 A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores
y miedos de las noches veladores. 100

21 Por las amenas liras
y canto de serenas os conjuro
que cesen vuestras iras
y no toquéis al muro,
porque la Esposa duerma más seguro. 105

22 Entrádose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa

el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado. 110

23 Debajo del manzano:
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada. 115

[LA ESPOSA]

24 Nuestro lecho florido
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado. 120

25 A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino,
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino. 125

26 En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía. 130

27 Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su Esposa. 135

28 Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya solo en amar es mi ejercicio. 140

29 Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que, andando enamorada,
me hice perdediza, y fui ganada. 145

30 De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas
en tu amor floridas
y en un cabello mío entretejidas. 150

31 En solo aquel cabello

que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste. 155

32 Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían. 160

33 No quieras despreciarme,
que, si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste. 165

[EL ESPOSO]

34 La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado;
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado. 170

35 En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido;
y en soledad la guía
a solas su querido

también en soledad de amor herido. 175

36 Gocémonos, Amado;
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura. 180

37 Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos. 185

38 Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día. 190

39 El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena. 195

40 Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía;
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía. 200

- Explica el itinerario que recorre la esposa en el primero de los poemas.
- Analiza qué simbolizan la noche, los amantes y el viaje.
- Comenta las analogías y diferencias entre la poesía de San Juan y Fray Luis de León.

Santa Teresa de Jesús

(1515-1582)

Además de alcanzar la santidad, Teresa de Jesús ha sido nombrada Doctora de la Iglesia Católica por su obra en prosa en la que -al igual que San Juan de la Cruz- se vale de la literatura para explicar su acercamiento a Dios mediante la experiencia mística. Compuso también poesía, dedicada a expresar en tono popular y cercano la alegría de amar a Cristo y su profundo fervor religioso.

Muero porque no muero

Vivo sin vivir en mí

Y tan alta vida espero

Que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí

Después que muero de amor,

Porque vivo en el Señor

Que me quiso para Sí.

Cuando el corazón le di

Puso en él este letrado:

Que muero porque no muero.

Esta divina prisión

Del amor con que yo vivo

Ha hecho a Dios mi cautivo

Y libre mi corazón;

Y causa en mí tal pasión

Ver a Dios mi prisionero,

Que muero porque no muero.

¡Ay, que larga es esta vida,

Qué duros estos destierros,

Esta cárcel y estos hierros

En que el alma esta metida!

Sólo esperar la salida

Me causa dolor tan fiero,

Que muero porque no muero.

¡Ay, que vida tan amarga

Do no se goza el Señor!

Porque si es dulce el amor,

No lo es la esperanza larga:

Quíteme Dios esta carga

Más pesada que el acero,

Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza

Vivo de que he de morir,

Porque muriendo el vivir

Me asegura mi esperanza.

Muerte do el vivir se alcanza,

No te tardes, que te espero,

Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;

Vida, no me seas molesta,

Mira que sólo te resta,

Para ganarte, perderte;

Venga ya la dulce muerte,

Venga el morir muy ligero,

Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,

Que es la vida verdadera,

Hasta que esta vida muera

No se goza estando viva.

Muerte, no seas esquiva;

Viva muriendo primero,

Que muero porque no muero.

Vida, ¿que puedo yo darle

A mi Dios que vive en mí,

Si no es perderte a ti

Para mejor a El gozarle?

Quiero muriendo alcanzarle,

Pues a El solo es al que quiero.

Que muero porque no muero.

-Identifica la idea principal que preside el poema.

-Desarrolla el sentido religioso del estribillo "...que muero porque no muero"

-Analiza el poema desde el punto de vista métrico.

OTROS POETAS DE LA ÉPOCA DEL EMPERADOR CARLOS V (PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI)

Además de Garcilaso de la Vega, son numerosos los poetas de la época del Emperador. Aquí vamos a recoger a cinco de ellos: Juan Boscán, Cristóbal de Castillejo, Francisco de Aldana, Gutierre de Cetina y Hernando de Acuña.

Juan Boscán

(1487?-1542). Además de impulsor de la nueva publicando la obra de Garcilaso, fue un notable poeta. Escribió tres libros: el primero reúne poemas de corte tradicional; el segundo, canciones y sonetos renacentistas y, el tercero, obras de carácter mitológico.

VILLANCICO II

Si no os hubiera mirado,
no penara,
pero tampoco os mirara.
Veros harto mal ha sido, mas no veros peor
fuera;
no quedara tan perdido,
pero mucho más perdiera.
¿Qué viera aquél que no os viera?
¿Cuál quedara,
señora, si no os mirara?

CANCIÓN V

¿Qué haré, que por quereros
mis extremos son tan claros,
que ni soy para miraros,
ni puedo dejar de veros?
Yo no sé con vuestra ausencia
un punto vivir ausente,
ni puedo sufrir presente,
señora, tan gran presencia.
De suerte que, por quereros,
mis extremos son tan claros,
que ni soy para miraros,
ni puedo dejar de veros.

SONETO LXXIV

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ello en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos no distes,
llevadme junto al mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

Francisco de Aldana

(1537-1578). Llamado "El Divino", además de finísimo poeta, fue militar destacado que participó en destacadas batallas con los tercios de Flandes, pereciendo finalmente en la batalla de Alcazarquivir junto al rey don Sebastián de Portugal. Este soneto dialogado está considerado uno de los poemas más originales de la lírica amorosa renacentista.

«¿Cuál es la causa, mi Damón, que, estando
en la lucha de amor juntos, trabados
con lenguas, brazos, pies, y encadenados
cual vid que entre el jazmín se va enredando,

y que el vital aliento ambos tomando 5
en nuestros labios, de chupar cansados,
en medio a tanto bien, somos forzados
llorar y suspirar de cuando en cuando?»

«Amor, mi Filis bella, que allá dentro
nuestras almas juntó, quiere en su fragua 10
los cuerpos ajuntar también tan fuerte

que, no pudiendo, como esponja el agua,
pasar del alma al dulce amado centro,
llora el **velo mortal** su avara suerte.»

Damon y Filis: nombres poéticos del autor y su amada.
velo mortal: cuerpo

-Resume con tus propias palabras lo que dice cada uno de los dos interlocutores del poema. -El poema expresa el lamento de los amantes por la imposibilidad de la unión total. Explica cómo se desarrolla este tema en el texto.

Gutierre de Cetina

(1520 – 1557). Este sevillano, gran humanista, acompañó al Emperador Carlos I en viajes por Europa y cansado de las intrigas cortesanas volvió a su tierra. Años después se fue a las Indias, donde murió asesinado por una cuestión de celos.

Escribió poesía tradicional —letrillas, madrigales y canciones— y también utilizó los metros italianos, de los que sobresalen los sonetos de tema amoroso.

Recogemos el famosísimo madrigal y un soneto de estética petrarquista.

OJOS CLAROS Y SERENOS

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?

Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis a aquél que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.

¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

SONETO

Al pie de una alta haya muy sombrosa,
cuando más alto el sol mostraba el día,
mirando el agua clara que corría
por la ribera del Tesín hermosa,

pensando está Vandalio en la rabiosa
ocasión que turbó su fantasía,
tan obstinada el alma en su porfía
cuanto por la ocasión triste y cuidosa:

"¡Ay, suerte desigual! -dijo llorando-,
si está el alma de mí tan separada,
¿tan lejos della cómo o por qué vivo?

Dolor, que sin matarme así apretando
me vas, o tu poder no puede nada
o se hace inmortal el hado esquivo."

Cristóbal de Castillejo

(Ciudad Rodrigo, Salamanca, 1492? – 1550?)

Monje de vida disoluta, sirvió al hermano del Emperador Carlos I, don Fernando, en Alemania. Al final, desengañado y arruinado, se retiró a morir a un convento de la orden en aquel país.

Gran poeta, se opuso a la nueva estética italiana que triunfaba en España. Cultivó los metros tradicionales con gran agudeza e inspiración.

REPRENSIÓN CONTRA LOS POETAS ESPAÑOLES

Pues la sancta Inquisición
Suele ser tan diligente
En castigar con razón
Cualquier secta y opinión
Levantada nuevamente,
Resucítese Lucero,
A corregir en España
Una tan nueva y extraña,
Como aquella de Lutero
En las partes de Alemania.

Bien se pueden castigar
A cuenta de anabaptistas,
Pues por ley particular
Se tornan a baptizar
Y se llaman petrarquistas.
Han renegado la fee

De las trovas castellanas,
Y tras las italianas
Se pierden, diciendo que
Son más ricas y loçanas,

El juicio de lo cual
Yo lo dexo a quien más sabe;
Pero juzgar nadie mal
De su patria natural
En gentileza no cabe;
Y aquella cristiana musa
Del famoso Joan de Mena,
Sintiendo desto gran pena,
Por infieles los acusa
Y de aleves los condena.[...]

SONETO

Garcilaso y Boscán, siendo llegados
al lugar donde están los trovadores
que en esta nuestra lengua y sus primores
fueron en este siglo señalados,
los unos a los otros alterados
se miran, con mudanza de colores,
temiéndose que fuesen corredores
espías o enemigos desmandados;
y juzgando primero por el traje,
pareciéronles ser, como debía,
gentiles españoles caballeros;
y oyéndoles hablar nuevo lenguaje
mezclado de extranjera poesía,
con los ojos los miraban de extranjeros.

Hernando de Acuña

(Valladolid, ¿1520? - Granada, 1580). Coetáneo y amigo de Garcilaso de la Vega, cultivó las armas y las letras, como un buen renacentista. Poeta y traductor de grandes escritores latinos e italianos.

De su obra propia destacan sus sonetos, sus églogas y elegías.

Textos sacados de la red: www.los-poetas.com/k/acu.htm - 52k

Soneto sobre la red de amor

Dígame quién lo sabe: ¿cómo es hecha
la red de Amor, que a tanta gente prende?
¿Y cómo, habiendo tanto que la tiende,
no está del tiempo ya rota o deshecha?

¿Y cómo es hecho el arco que Amor flecha,
pues hierro ni valor se le defiende?
¿Y cómo o dónde halla, o quién le vende,
de plomo, plata y oro tanta flecha?

Y si dicen que es niño, ¿cómo viene
a vencer los gigantes? Y si es ciego,
¿cómo toma al tirar cierta la mira?

Y si, como se escribe, siempre tiene
en una mano el arco, en otra el fuego,
¿cómo tiende la red y cómo tira?

Al Rey Nuestro Señor

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo en el suelo
por suerte a vuestros tiempos reservada;

ya tan alto principio, en tal **jornada**,
os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un Monarca, un Imperio y una Espada;

ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera con toda vuestra monarquía,
conquistada por vos en justa guerra,

que, a quien ha dado Cristo su estandarte,
dará el segundo más dichoso día
en que, vencido el mar, venza la tierra.

Jornada: batalla; quizá la de Lepanto.

- Señala las notas particulares que descubras en cada uno de estos autores.
- Identifica los rasgos renacentistas que aparecen en los poemas seleccionados.

Baltasar de Alcázar

(1530-1606)

El sevillano Baltasar de Alcázar fue soldado y cultivó la lírica amorosa y religiosa; sin embargo, ha pasado a la historia de la poesía por una lírica desenfadada y satírica —en cierto modo heredada de los epigramas latinos de Marcial—, donde exalta el goce de la vida y los placeres. El más famoso es el que reproducimos a continuación:

CENA JOCOSA

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa
y diréte, Inés, la cosa
más brava de él que has oído.

Tenía este caballero
un criado portugués...
Pero cenemos, Inés
si te parece primero.

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino a punto:
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo
y échole la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.

Franco, fue, Inés, este toque,
pero arrójame la bota;
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se traxo?
Mas ya..., de la del Castillo
diez y seis vale el cuartillo,
no tiene vino más baxo.

Por nuestro Señor, que es mina
la taberna de Alcocer;
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,
vive Dios que no lo sé,
pero delicada fue
la invención de la taberna.

Porque allí llego sediento,
pido vino de lo nuevo,

mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo;
sólo una falta le hallo
que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón
hizo fin: ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Páreceme, Inés, que viene
para que demos en ella.

Pues, sus, encójase y entre
que es algo estrecho el camino.
No echas agua, Inés, al vino,
no se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añejo,
porque con más gusto comas,
Dios te guarde, que así tomas,
como sabía mi consejo.

Mas di, ¿no adoras y aprecias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica;
tal debe tener de especias!

¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos
hechas a cebar lechones.

El corazón me revienta
de placer; no sé de ti.
¿Cómo te va? Yo, por mí,
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios:
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles;
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber
se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
alto licor celestial;
no es el aloquillo tal,
no tiene que ver con el.

¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡Qué color!
¡Todo con tanta fineza!

Mas el queso sale a plaza
la moradilla va entrando,

y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,
el de Pinto no le iguala;
pues la aceituna no es mala
bien puedes bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles,
daca de la bota llena
seis tragos; hecha es la cena,
levántese los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
quédese para mañana.

- ¿En qué vertiente de la poesía renacentista sitúas esta composición, una de las más populares de la lírica española clásica?
- Describe la situación comunicativa recreada en el poema.
- Señala el tema del texto.

Fernando de Herrera

Fernando de Herrera (1534-1597), nació y vivió en Sevilla y llevó una vida dedicada al estudio de la poesía. Aunque escribió poemas de tema patriótico (A don Juan de Austria, A la batalla de Lepanto), su poesía de mayor interés se centra en el tema amoroso. La mayoría de sus poemas están dedicados a doña Leonor de Millán, condesa de Gelves, a la que canta con el nombre de Luz.

(Texto procedente de www.personales.ya.com/poesias/indexfh.htm)

A Carlos V emperador

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
sublime Carlo, el bárbaro africano,
y el bravo horror del ímpetu otomano
la altiva frente humilla quebrantada.

Italia en propia sangre sepultada,
el invencible, el áspero germano,
y el osado francés con fuerte mano
al yugo la cerviz trae inclinada.

Alce España los arcos en memoria
y en colosos a una y otra parte,
despojos y coronas de vitoria,

que ya en la tierra y mar no queda parte
que no sea trofeo de tu gloria,
ni le resta más honra al fiero Marte.

Rojo sol, que con hacha luminosa
cobras el purpúreo y alto cielo,
¿hallaste tal belleza en todo el suelo,
que iguale a mi serena Luz dichosa?

Aura süave, blanda y amorosa,
que nos halagas con tu fresco vuelo,
¿cuando se cubre del dorado velo

mi Luz, tocaste trenza más hermosa?

Luna, honor de la noche, ilustre coro
de las errantes lumbres y fijadas,
¿consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, Aura, Luna, llamas de oro,
¿oístes vos mis penas nunca usadas?
¿Vistes Luz más ingrata a mis querellas?

Yo vi unos bellos ojos, que hirieron
con dulce flecha un corazón cuitado,
y que para encender nuevo cuidado
su fuerza toda contra mí pusieron.

Yo vi que muchas veces prometieron
remedio al mal, que sufro no cansado,
y que cuando esperé vello acabado,
poco mis esperanzas me valieron.

Yo veo que se asconden ya mis ojos
y crece mi dolor y llevo ausente
en el rendido pecho el golpe fiero.

Yo veo ya perderse los despojos
y la membrana de mi bien presente
y en ciego engaño de esperanza muero.

- Resume el tema de cada poema.
- ¿Quiénes son los derrotados por el emperador Carlos V? Documenta cada una de esas acciones militares en un libro de Historia.
- Explica el sentimiento del autor en "Rojo sol...."
- Analiza la función del paralelismo en el último soneto.

La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades

(Anónimo)

El género picaresco surge en nuestras letras con el Lazarillo de Tormes (1554) (LECTURA 1), obra de autor anónimo en cuyas páginas aparecen ya los rasgos que definirán esta modalidad narrativa: narración autobiográfica; protagonista antiheroico; servicio a muchos amos; final desgraciado y carácter realista.

[**Nota preliminar:** edición digital basada en las de Burgos, Juan de Junta, 1554; Alcalá de Henares, en casa de Salzedo, 1554; Amberes, en casa de Martín Nucio, 1554 y Medina del Campo, Mateo y Francisco del Canto, 1554. Y cotejada con las ediciones críticas de Alberto Blecha (Madrid, Castalia, 1972), José M. Caso González (Madrid, BRAE 1967; Anejo XVII) y Francisco Rico (Madrid, Cátedra, 1987).]

Prólogo

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite. Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto para que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar de ella algún fruto. Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras y, si hay de qué, se las alaben. Y, a este propósito, dice Tulio: «La honra cría las artes».

¿Quién piensa que el soldado que es primero del escalo tiene más aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!». Justó muy ruinmente el señor don Fulano, y dio el sayete de armas al truhán, porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va de esta manera: que, confesando yo no ser más santo que mis vecinos, de esta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico si su poder y deseo se conformaran. Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto.

Tratado primero

Cuenta Lázaro su vida y cómo hijo fue

Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre; y fue de esta manera: mi padre,

que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y, estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí. De manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre (que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho), con cargo de acemilero de un caballero que allá fue. Y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

(...)

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestrarle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. El respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

-Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto; válete por ti.

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y, llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y, allí puesto, me dijo:

-Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

-Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: «Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer».

(...)

Tratado segundo

Y porque dije de mortuorios, Dios me perdone, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces. Y esto era porque comíamos bien y me hartaban. Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo. Y cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la extremaunción, como manda el clérigo rezar a los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración, y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase a la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de aqueste mundo.

Y cuando alguno de éstos escapaba, ¡Dios me lo perdone!, que mil veces le daba al diablo; y el que se moría, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas. Porque en todo el tiempo que allí estuve, que serían casi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y éstas bien creo que las maté yo, o, por mejor decir, murieron a mi recuesta; porque, viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme a mí vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba; que, si el día que enterrábamos yo vivía, los días que no había muerto, por

quedar bien vezado de la hartura, tornando a mi cotidiana hambre, más lo sentía. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mí, como para los otros deseaba algunas veces; mas no la veía, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo; mas por dos cosas lo dejaba: la primera, por no me atrever a mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venía; y la otra, consideraba y decía: «Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre y, dejándole, topé con este otro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si de éste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será, sino fenecer?». Con esto no me osaba menear, porque tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines. Y a abajar otro punto, no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Tratado tercero

-Mayormente -dijo- que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas, que, a estar ellas en pie y bien labradas, dieciséis leguas de donde nací, en aquella Costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientas veces mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, a no estar derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos. Y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra; y vine a esta ciudad pensando que hallaría un buen asiento; mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo; mas es gente tan limitada que no los sacarán de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan; mas servir a éstos es gran trabajo, porque de hombre os habéis de convertir en malilla, y, si no, «andad con Dios» os dicen. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos, y las más y las más ciertas, comido por servido. Ya, cuando quieren reformar consciencia y satisfacer vuestros sudores, sois librado en la recámara, en un sudado jubón o raída capa o sayo. Ya, cuando asienta un hombre con un señor de título, todavía pasa su lacería. Pues por ventura ¿no hay en mí habilidad para servir y contentar a éstos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentir tan bien como otro y agradarle a las mil maravillas. Reílle ya mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decille cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona, en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no había de ver, y ponerme a reñir, donde él lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba. Si riñese con algún su criado, dar unos puntillos agudos para encenderle la ira y que pareciesen en favor del culpado; decirle bien de lo que bien le estuviese y, por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar a los de casa, y a los de fuera pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad que hoy día se usan en palacio y a los señores de él parecen bien; y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios y que no son personas de negocios, ni con quien el señor se puede descuidar. Y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría; mas no quiere mi ventura que le halle.

- Explica la función del prólogo dentro de la novela.
- ¿Estas de acuerdo con la afirmación de que "dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena"? Justifica la respuesta.
- Compara las figuras de los tres primeros amos de Lázaro.
- En último fragmento encontrarás una visión realista y satírica de lo que debe ser el perfecto servidor de un noble. Resume sus funciones principales.
- Comenta los rasgos de la novela picaresca presentes en los textos seleccionados.

Los siete libros de la Diana

Jorge de Montemayor —portugués que escribe en español— publicó en 1559 *Los siete libros de la Diana*, primera novela pastoril que se publica en España. Junto a los amores de Sireno y Diana, se cuentan en ella otras tres historias de amor, una de las cuales se desarrolla en el ámbito realista de la ciudad de Salamanca. El cuidadísimo y elegante estilo de la obra se percibe en este fragmento del Libro I, donde la pastora Selvagia cuenta a Sireno su desventura amorosa.

[Nota preliminar: presentamos una edición modernizada de *Los siete libros de la Diana* de Jorge de Montemayor, Barcelona, en casa de Jayme Cortey, 1561, basándonos en la edición de Asunción Rallo (Montemayor, Jorge de, *Los siete libros de la Diana*, Madrid, Cátedra, 1991),

Selvagia le respondió:

-Si yo no fuera, Sireno, la más experimentada, seré la más maltratada que nunca nadie pensó ser, y la que con más razón se puede quejar de sus desvariados efectos, cosa harto suficiente para poder hablar en él. Y porque entiendas, por lo que pasé, lo que siento de esta endiablada pasión, poned un poco vuestras desventuras en manos del silencio, y contaros he las mayores que jamás habéis oído:

En el valeroso e inexpugnable reino de los lusitanos hay dos caudalosos ríos que, cansados de regar la mayor parte de nuestra España, no muy lejos el uno del otro entran en el mar océano. En medio de los cuales hay muchas y muy antiguas poblaciones, a causa de la fertilidad de la tierra ser tan grande, que en el universo no hay otra alguna que se le iguale. La vida de esta provincia es tan remota y apartada de cosas que puedan inquietar el pensamiento que si no es cuando Venus, por manos del ciego hijo, se quiere mostrar poderosa, no hay quien entienda en más que en sustentar una vida quieta, con suficiente medianía, en las cosas que para pasarla son menester. Los ingenios de los hombres son aparejados para pasar la vida con asaz contento; y la hermosura de las mujeres para quitarla al que más confiado viviere. Hay muchas cosas por entre las florestas sombrías, y deleitosos valles, el término de los cuales, siendo proveído de rocío del soberano cielo y cultivado con industria de los habitantes de ellas, el gracioso verano tiene cuidado de ofrecerles el fruto de su trabajo y socorrerles a las necesidades de la vida humana. Yo vivía en una aldea que está junto al caudaloso Duero, que es uno de los dos ríos que os tengo dicho, adonde está el suntuosísimo templo de la diosa Minerva, que en ciertos tiempos del año es visitado de todas, o las más pastoras y pastores que en aquella provincia viven.

Comenzando un día, ante de la célebre fiesta, a solemnizarla las pastoras y ninfas con cantos e himnos muy suaves, y los pastores con desafíos de correr, saltar, luchar y tirar la barra, poniendo por premio para el que victorioso saliere, cuáles una guirnalda de verde yedra, cuáles una dulce zampoña, o flauta, o un cayado del nudoso fresno, y otras cosas de que los pastores se precian. Llegado pues el día en que la fiesta se celebraba, yo con otras pastoras amigas mías, dejando los serviles y bajos paños, y vistiéndonos de los mejores que teníamos, nos fuimos el día antes de la fiesta, determinadas de velar aquella noche en el templo, como otros años lo solíamos hacer. Estando, pues, como digo, en compañía de estas amigas mías, vimos entrar por la puerta una compañía de hermosas pastoras a quien algunos pastores acompañaban; los cuales dejándolas dentro, y habiendo hecho su debida oración, se salieron al hermoso valle; porque la orden de aquella provincia era que ningún pastor pudiese entrar en el templo, a más que a dar la obediencia, y se volviese luego a salir hasta que el día siguiente pudiesen todos entrar a participar de las ceremonias y sacrificios que entonces hacían. Y la causa de esto era porque las pastoras y ninfas quedasen solas, y sin ocasión de entender en otra cosa, sino celebrar la fiesta regocijándose unas con otras, cosa que otros muchos años solían hacer, y los pastores fuera del templo en un verde prado que allí estaba, al resplandor de la nocturna Diana. Pues habiendo entrado las pastoras que digo en el suntuoso templo, después de hechas sus oraciones y de haber ofrecido sus ofrendas delante del altar, junto a nosotras se asentaron. Y quiso mi ventura que junto a mí se sentase una de ellas, para que yo fuese desventurada todos los días que su memoria me durase. Las pastoras venían disfrazadas, los rostros cubiertos con unos velos blancos, y presos en sus

chapeletes de menuda paja, sutilísimamente labrados, con muchas guarniciones de lo mismo, tan bien hechas y entretejidas, que de oro no les llevara ventaja.

Pues estando yo mirando la que junto a mí se había sentado, vi que no quitaba los ojos de los míos, y cuando yo la miraba, abajaba ella los suyos, fingiendo quererme ver sin que yo mirase en ello. Yo deseaba en extremo saber quién era, porque si hablase conmigo no cayese yo en algún yerro, a causa de no conocerla. Y todavía todas las veces que yo me descuidaba la pastora no quitaba los ojos de mí, y tanto que mil veces estuve por hablarla, enamorada de unos hermosos ojos que solamente tenía descubiertos. Pues estando yo con toda la atención posible, sacó la más hermosa y delicada mano que yo después acá he visto, y tomándome la mía, me la estuvo mirando un poco. Yo que estaba más enamorada de ella de lo que podría decir, le dije:

-Hermosa y graciosa pastora, no es sola esa mano la que está aparejada para serviros, mas también lo está el corazón y el pensamiento de cuya ella es.

Ismenia, que así se llamaba aquella que fue causa de toda la inquietud de mis pensamientos, teniendo ya imaginado hacerme la burla que adelante oiréis, me respondió muy bajo, que nadie lo oyese:

-Graciosa pastora, soy tan vuestra que como tal me atreví a hacer lo que hice, suplicoos que no os escandalicéis porque en viendo vuestro hermoso rostro no tuve más poder en mí.

Yo entonces muy contenta me llegué más a ella, y le dije medio riendo:

-¿Cómo puede ser, pastora, que siendo vos tan hermosa os enamoréis de otra que tanto le falta para serlo, y más siendo mujer como vos?

-¡Ay, pastora! -respondió ella- que el amor que menos veces se acaba es este, y el que más consienten pasar los hados, sin que las vueltas de fortuna, ni las mudanzas del tiempo les vayan a la mano.

Yo entonces respondí:

-Si la naturaleza de mi estado me enseñara a responder a tan discretas palabras, no me lo estorbara el deseo que de serviros tengo, mas creedme, hermosa pastora, que el propósito de ser vuestra, la muerte no será parte para quitármelo.

Y después de esto los abrazos fueron tantos, los amores que la una a la otra nos decíamos, y de mi parte tan verdaderos, que ni teníamos cuenta con los cantares de las pastoras, ni mirábamos las danzas de las ninfas, ni otros regocijos que en el templo se hacían. A este tiempo importunaba yo a Ismenia que me dijese su nombre y se quitase el rebozo, de lo cual ella con gran disimulación se excusaba y con grandísima industria mudaba propósito. Mas siendo ya pasada medianoche, y estando yo con el mayor deseo del mundo de verle el rostro, y saber cómo se llamaba, y de adónde era, comencé a quejarme de ella, y a decir que no era posible que el amor que me tenía fuese tan grande como con sus palabras me manifestaba, pues habiéndole yo dicho mi nombre, me encubría el suyo, y que cómo podía yo vivir queriéndola como la quería si no supiese a quién quería, o a dónde había de saber nuevas de mis amores.

Y otras cosas dichas tan de veras que las lágrimas me ayudaron a mover el corazón de la cautelosa Ismenia, de manera que ella se levantó, y tomándome por la mano me apartó hacia una parte donde no había quien impedirnos pudiese; y comenzó a decirme estas palabras, fingiendo que del alma le salían:

-Hermosa pastora, nacida para inquietud de un espíritu que hasta ahora ha vivido tan exento cuanto ha sido posible, ¿quién podrá dejar de decirte lo que pides habiéndote hecho señora de su libertad? Desdichado de mí, que la mudanza del hábito te tiene engañada, aunque el engaño ya resulta en daño mío. El rebozo que quieres que yo quite, veslo aquí donde lo quito; decirte mi nombre no te hace mucho al caso, pues aunque yo no quiera me verás más veces de las que tú podrás sufrir.

Y diciendo esto, y quitándose el rebozo vieron mis ojos un rostro, que aunque el aspecto fuese un poco varonil, su hermosura era tan grande que me espantó. Y prosiguiendo Ismenia su plática dijo:

-Y porque, pastora, sepas el mal que tu hermosura me ha hecho, y que las palabras que entre las dos como de burlas han pasado son de veras, sabe que soy hombre y no mujer como antes pensabas. Estas pastoras que aquí ves, por reírse conmigo (que son todas mis parientas) me han vestido de esta manera, que de otra no pudiera quedar en el templo a causa de la orden que en esto se tiene.

Cuando yo entendí lo que Ismenia me había dicho y le vi, como digo, en el rostro, no aquella blandura ni en los ojos aquel reposo que las doncellas, por la mayor parte, solemos tener, creí que era verdad lo que me decía, y quedé tan fuera de mí que no supe qué responderle.

Todavía contemplaba aquella hermosura tan extremada, miraba aquellas palabras que me decía con tanta disimulación, que jamás supo nadie hacer cierto de lo fingido como aquella cautelosa pastora. Vime aquella hora tan presa de sus amores, y tan contenta de entender que ella lo estaba de mí, que no sabría encarecerlo. Y puesto caso que de semejante pasión yo hasta aquel punto no tuviese experiencia, causa harto suficiente para no saber decirla, todavía esforzándome lo mejor que pude, le hablé de esta manera:

-Hermosa pastora, que para hacerme quedar sin libertad, o para lo que la fortuna se sabe, tomaste el hábito de aquella que el de amor a causa tuya ha profesado, bastara el tuyo mismo para vencerme, sin que con mis armas propias me hubieras rendido. Mas ¿quién podrá huir de lo que su fortuna le tiene solicitado? Dichosa me pudiera llamar si hubieras hecho de industria lo que acaso hiciste: porque a mudarte el hábito natural para solo verme, y decirme lo que deseabas, atribuyéralo yo a merecimiento mío, y a grande afición tuya, mas ver que la intención fue otra, aunque el efecto haya sido el que tenemos delante, me hace estar no tan contenta, como lo estuviera a ser de la manera que dijo. Y no te espantes, ni te pese de este deseo, que no hay mayor señal de una persona querer todo lo que puede, que desear ser querida de aquel a quien ha entregado su libertad. De lo que me has oído podrás sacar cuál me tiene tu vista. Plegue a Dios que uses tan bien del poder que sobre mí has tomado, que pueda yo sustentar el tenerme por dichosa hasta la fin de nuestros amores, los cuales, de mi parte, no le tendrán en cuanto la vida me durare.

La cautelosa Ismenia me supo tan bien responder a lo que dije, y fingir las palabras que para nuestra conversación eran necesarias que nadie pudiera huir del engaño en que yo caí, si la fortuna de tan dificultoso laberinto con el hilo de prudencia no le sacara. Y así estuvimos hasta que amaneció, hablando en lo que podría imaginar quien por estos desvariados casos de amor ha pasado. Díjome que su nombre era Alanio, su tierra Galia, tres millas de nuestra aldea. Quedamos concertados de vernos muchas veces.

La mañana se vino, y las dos nos apartamos con más abrazos, lágrimas, suspiros de lo que ahora sabré decir. Ella se partió de mí, yo volviendo atrás la cabeza por verla, y por ver si me miraba, vi que se iba medio riendo, mas creí que los ojos me habían engañado. Fuese con la compañía que había traído, mas yo volví con mucha más porque llevaba en la imaginación los ojos del fingido Alanio, las palabras con que su vano amor me había manifestado, los abrazos que de él había recibido y el crudo mal de que hasta entonces no tenía experiencia.

Ahora habéis de saber, pastores, que esta falsa y cautelosa Ismenia tenía un primo que se llamaba Alanio a quien ella más que a sí quería, porque en el rostro y ojos, y todo lo demás se le parecía, tanto que, si no fueran los dos de género diferente, no hubiera quien no juzgara el uno por el otro. Y era tanto el amor que le tenía que cuando yo a ella en el templo le pregunté su mismo nombre, habiéndome de decir nombre de pastor, el primero que me supo nombrar fue Alanio, porque no hay cosa más cierta que en las cosas súbitas encontrarse la lengua con lo que está en el corazón. El pastor la quería bien, mas no tanto como ella a él. Pues cuando las pastoras salieron del templo para volverse a su aldea, Ismenia se halló con Alanio, su primo, y él por usar de la cortesía que a tan grande amor como el de Ismenia era debida, dejando la compañía de los

mancebos de su aldea, determinó de acompañarla, como lo hizo, de que no poco contentamiento recibió Ismenia; y por dársele a él en alguna cosa, sin mirar lo que hacía, le contó lo que conmigo había pasado, diciéndoselo muy particularmente, y con grandísima risa de los dos. Y también le dijo cómo yo quedaba, pensando que ella fuese hombre, muy presa de sus amores. Alanio, cuando aquello oyó, disimuló lo mejor que él pudo, diciendo que había sido grandísimo donaire. Y sacándole todo lo que conmigo había pasado, que no faltó cosa, llegaron a su aldea.

Y de ahí a ocho días, que para mí fueron ocho mil años, el traidor de Alanio (que así lo puedo llamar, con más razón que él ha tenido de olvidarme) se vino a mi lugar, y se puso en parte donde yo pudiese verle, al tiempo que pasaba con otras zagalas a la fuente, que cerca del lugar estaba. Y como yo lo viese, fue tanto el contentamiento que recibí que no se puede encarecer, pensando que él era el mismo que en hábito de pastora había hablado en el templo. Y luego le hice señas que se viniese hacia la fuente, adonde yo iba, y no fue menester mucho para entenderlas. Él se vino, y allí estuvimos hablando todo lo que el tiempo nos dio lugar, y el amor quedó, a lo menos de mi parte, tan confirmado que, aunque el engaño se descubriera, como de ahí a pocos días se descubrió, no fuera parte para apartarme de mi pensamiento. Alanio también creo que me quería bien, y que desde aquella hora quedó preso de mis amores, pero no lo mostró por la obra tanto como debía.

Así que algunos días se trataron nuestros amores con el mayor secreto que pudimos, pero no fue tan grande que la cautelosa Ismenia no lo supiese, y viendo que ella tenía la culpa, no solo en haberme engañado, mas aun en haber dado causa a que Alanio descubriéndole lo que pasaba me amase a mí, y pusiese a ella en olvido, estuvo para perder el seso, mas consolose con parecerle que, en sabiendo yo la verdad, al punto lo olvidaría. Y engañábase en ello, que después le quise mucho más y con muy mayor obligación.

- Resume lo acontecido en el texto.
- Analiza cómo aparece el habitual recurso del disfraz y el engaño a los ojos.
- Compara la actitud y el lenguaje de estos pastores con los de la égloga de Juan del Encina reproducida en la Unidad 4.

Libro de entretenimiento de la pícara Justina

El Libro de entretenimiento de la pícara Justina, de Francisco López de Úbeda, es una novela picaresca protagonizada por una mujer; en lo demás, sigue el esquema habitual de esta modalidad narrativa; aquí la protagonista presenta a sus padres tras rendir homenaje al oficio de mesonero (Libro primero, cap. 3)

¡Oh, mesón, mesón!, eres esponja de bienes, prueba de magnánimos, escuela de discretos, universidad del mundo, margen de varios ríos, purgatorio de bolsas, cueva encantada, espuela de caminantes, desquiladero apacible, vendimia dulce, y, por decirlo todo, sois tan dichosos los mesones y mesoneros, que tenéis por abogado a mi buen padre Diego Díez y a mi buena madre, ambos mesoneros en la real de Mansilla de las Mulas, cuyos consejos y astucias verás en este número, que, si le lees, no te habrás holgado tanto en toda tu vida después que naciste.

Mi padre y mi madre no quisieron tener oficios tan trafagones como sus antecesores, porque (como eran barrigudos) quisieron ganar de comer, a pie quedo. Pusieron mesón en Mansilla, que después se llamó de las Mulas por una hazaña mía que tengo escrita abajo. Es pueblo pasajero y de gente llana del reino de León, aunque pese al refrán que dice: amigo de León, tuyo seja, que mío non.

Verdad es que no asentó de todo punto el mesón, hasta que nos vio a sus hijas buenas mozas y recias para servir; que un mesón muele los lomos a una mujer, si no hay quien la ayude a llevar la carga. El día que asentó el mesón, éramos tres hermanas, buenas mozas y de buen fregado (otras tres gracias), bien avenidas en lo público, aunque en lo secreto cada cual estornudaba como el humor la ayudaba. No eran nada lerdas, mas, pardiez, yo era un águila caudal entre todas mis hermanas; víales el juego a legua, mas el mío para ellas era de pasa pasa.

Libro IV, cap. 3º

Así como en un cuerpo humano vemos que su hermosura no consiste toda en ojos, que eso fuera ser el hombre puente, ni toda en pies, que eso fuera ser copla, ni toda en brazos, que eso fuera ser mar, ni toda en manos, que eso fuera ser papel, sino que también requiere la hermosura que haya uñas, cejas, cabellos, vello y otros excrementos, así el conocer el honor de haber sido pretendida no consiste en que se conozcan los amantes admitidos tanto cuanto en que se conozcan los desechados, que son como excrementados. Estos han de honrar mi historia.

Estos desechados honran a las damas como espina a flor, como cabeza de tirano a pies de capitán, como cautivo acoyundado en carro de triumpho. Y créeme que pudiera hacer una historia entera de los varios sucesos que en mi breve doncellez me sucedieron, porque no hay duda sino que una moza, después que se embarca en el propósito de casar, es navío que compite con todos los vientos, derechos y traveses, altos y bajos, mansos y furiosos, y aun es como roca o muro de junto a mar, donde son tan frecuentes las olas, que por instantes unas a otras se van siguiendo el alcance, hasta que mansamente se quebrantan en la ribera, roca o playa arenosa; sino que hay olas que para ser apacibles es necesario que no salgan de madre y otras que para serlo es necesario que salgan de madre. Quédese así. Sólo haré, en general, alarde de mis aventureros pretendientes, porque decir en particular de todos fuera reducir a cuenta los átomos del sol, las estrellas del cielo, las gotas del mar y los mínimos de las cosas cuantiosas y continuas y los juramentos falsos de los mercaderes.

Unos de mis pretendientes poníanla gala en mostrarse graves, por parecerles que yo tenía algunas avenidas de toldo y entono grave. Estos pasaban por mi calle tan llenos de este almidón y tan embutidos de juicio, que parecían unos senadores de Atenas. De estos me reía yo mucho, considerando su corto entendimiento, pues no veían que el fuego corporal de las minas quita la gravedad a las rocas y peñas y las levanta desde lo ínfimo hasta la torre de Eolo, aligerando su

peso, y ellos, siendo de pluma, presumen que el fuego interior de su amor los vuelve en piedras, peñas y rocas de gran peso.
Es necedad pensar que caben juntos gravedad y primor.

No creo amor tan de a pie quedo, que es amor peñasquino, amor que para cuerdo es loco y para loco es cuerdo. No creo al amor, si ese es amor. Eso fuera creer que el amor sólo por bien parecer tiene saetas ligeras en las manos y en el cuerpo voladoras alas, y fuera pensar que el fuego enfría y la agua seca. No creo en el amor si ese es amor.

Otros daban en quererme enamorar por galas, y estos ponían todo su fin en ir muy entablados de espalda, a puro papel y engrudo; sobrepuestos de pantorrilla, a puro embutir calzas estofadas; asentados de planta, a costa de tacón delantero; borneadizos de empeña, a puro torcedor, y sobre todo descontentadizos de cuello, yendo siempre tomando el somorgujo hacia dentro, y finalmente, nunca contentos del asiento del vestido. Allí vi ser verdad que una de las necedades que están en la lista de España es que el galán español siempre se anda vistiendo. Mas no creo en amor, si este es amor, si no es que pensemos haber sido acaso el pintar al amor desnudo y como niño que no se sabe ni puede vestir. Al amante de veras no le ha de sobrar tanto tiempo para acordarse de su vestido, ni ha de ser su amor tan garrapato, que se quede en el vestido del mismo amante sin salir afuera. Eso llamo yo ser Narcisos de sí mismos y no amantes de sus pretendidas. Es su amor fuego de tan poca fuerza, que los enciende por de fuera, como a ungidos con agua ardiente, y por de dentro los deja fríos. Estos son amantes de entre cuero y carne, requebradores de boca de estómago y aun estomagadores de boca.

Otros daban en representarse enamoradísimos y derretidos. Estos iban por la calle como absortos y asustados, haciendo de su corazón Vulcano, y de su frente cielo, y de sus ojos rayos con que abrasar mi casa y persona. Y si les parecía no tan a propósito este ensayo, luego que me vían, mudaban figura, trocando sus guiños locos en un mirar piadoso y tierno, y con él iban mansamente repasando el espejo de mis ojos, y al trasponer de la calle, se cosían como pulpos a un cantón, tan sesgos y enteros como si hubieran venido por cuerda como cohetes. Y si acaso yo al descuido les daba una onza de mírame Miguel, allí era el alcachofar el alma y regociar mi vista con tanto del meneo, que parecían sus rostros colas de mula rabona, ya ojiales, ya elevados, ya hacia un lado, ya hacia otro. Aún destos me reía más, y no creo en amor, si este es amor. Amor que, antes de llegar a su punto, representa los extremos de su última perfección, es como camuesa que sin estar madura huele y está amarilla; amor que sale primero a los ojos y a los meneos que a las manos, no creo en él; manos muertas y ojos vivos es imaginación y chimera de amor. Si con este éxtasis de contemplación tuvieran obra realengas, era entrar por camino real, mas esotras veredas no las conozco. Reniego del amor, si ese es amor. Creer que en mirar ventanas echa el amor su caudal es creer que sin fundamento pintaron al amor con los ojos vendados. Es risa pensar que está atendido el amor a mírame Miguel. No creo en amor, si ese es amor. El amor chapado cierra los ojos y abre los puños, encarcela la lengua y desataca la bolsa; en fin, es calentura, que tiene el pulso en las manos.

Otros hubo que pensaron de Justina que se moría por Roldanes, y a esta causa pasaban por mi puerta con espadas de a más de la marca, hechos festones de armas, tozadas de instrumentos bélicos. Esto era de día que de noche todo era sacar lumbré de las piedras con los golpes de sus espadas, intentando ruidos hechizos. Uno destos me acuerdo pasó una vez, entre otras, por mi puerta, y antes de hacer su acostumbrada salva, comenzó a hilar y torcer los bigotes, metiendo el uno en la boca, mientras el otro se hilaba, y, torcidos ambos, dio un soplo que sirvió de goma para entiesarlos; tras esto, recorrió espada y daga y, finalmente, dando un rodeón al chapeo, alzó los ojos y dijo:

-Reina mía, ¿hale enojado alguno? Que, ¡vive Dios!, que le acabe.

Yo le dije:

-Si me hubiera v. m. de matar a quien me enoja, no hiciera v. m. testamento, pero con todo eso, viva mil años para hacer reír a las damas.

Con esto se fue él muy contento, y contaba por favor el ventanazo.

¡Oh, ignorantes, que pensáis que las damas viven de valentías y roldanajes! Eso es no saber que Cupido jamás ciñó espada ni daga, ni embrazó adarga ni escudo, ni empuñó lanza ni chuzo, ni jugó montante ni alabarda. Son dos cosas entre sí muy diferentes cursar valentía y profesar amor, que lo uno vive en el alma y es huésped del cuerpo, y lo otro vive en el cuerpo y sólo tiene por mesonera al alma. Es el amor humano, si está en posesión, noble, ahidalgado, manso, apacible, quieto, asentado y reposado. Pero la fiereza y braveza es rigurosa, avara, inquieta, impaciente, tirana, espantosa y formidable. De adonde saco que quien lleva el amor por estos cerros no conoce qué es amor, o es su amor cerril, que no puede ser domado menos que con albarda, y aún.

-Resume el contenido del primer texto.

-¿Qué rasgos diferentes encuentras en Justina con respecto a Lázaro de Tormes?

-Comenta la visión del amor que expresa la protagonista.

-Subraya el uso del lenguaje coloquial presente en los dos fragmentos.

Guzmán de Alfarache

El sevillano Mateo Alemán (1547-1615) con la Vida del pícaro Guzmán de Alfarache consolidó la estructura del género picaresco y le dio un mayor contenido doctrinal. La obra, que disfrutó de enorme éxito, se publicó en dos partes (1599 y 1604). En ellas se cuenta la peripecia de un pícaro que sale de su casa a los doce años; desempeña variados oficios en Madrid; sirve a varios amos y mendiga en Italia; de nuevo en Madrid se casa con la hija de un estafador; enviuda pronto; estudia para clérigo en Alcalá; contrae nuevo matrimonio. Finalmente es condenado a galeras por estafa, pero arrepentido se decide a contar su vida para escarmiento de otros. Junto a las aventuras del pícaro a lo largo del tiempo, se entremezclan largas reflexiones del adulto acerca del hombre, la sociedad, la religión y Dios, con la intención de que su desgraciada experiencia aleje a otros del vicio y la corrupción.

(Texto en cervantesvirtual.com)

Libro 2º, Capítulo II: Dejando al ventero, Gumán de Alfarache se fue a Madrid y llegó hecho pícaro

Como el pedir me valía tan poco y lo compraba tan caro, tanto me acobardé, que propuse no pedirlo por extremo en que me viese. Fuime valiendo del vestidillo que llevaba puesto. Comencé a desencuadernar, malogrando de una en otra prenda, unas vendidas, otras enajenadas y otras por empeño hasta la vuelta. De manera que cuando llegué a Madrid, entré hecho un gentil galeote, bien a la ligera, en calzas y en camisa: eso muy sucio, roto y viejo, porque para el gasto fue todo menester. Viéndome tan despedazado, aunque procuré buscar a quien servir, acreditándome con buenas palabras, ninguno se aseguraba de mis obras malas ni quería meterme dentro de casa en su servicio, porque estaba muy asqueroso y desmantelado. Creyeron ser algún pícaro ladroncillo que los había de robar y acogerme.

Viéndome perdido, comencé a tratar el oficio de la florida picardía. La vergüenza que tuve de volverme perdía por los caminos, que como vine a pie y pesaba tanto, no pude traerla o quizá me la llevaron en la capilla de la capa. Y así debió de ser, pues desde entonces tuve unos bostezos y calosfríos que pronosticaron mi enfermedad. Maldita sea la vergüenza que me quedó ni ya tenía, porque me comencé a desenfadar y lo que tuve de vergonzoso lo hice desenvoltura, que nunca pudieron ser amigos la hambre y la vergüenza. Vi que lo pasado fue cortedad y tenerla entonces fuera necedad, y erraba como mozo; mas yo la sacudí del dedo cual si fuera víbora que me hubiera picado.

Juntéme con otros torzuelos de mi tamaño, diestros en la presa. Hacía como ellos en lo que podía; mas como no sabía los acometimientos, ayudábales a trabajar, seguía sus pasos, andaba sus estaciones, con que allegaba mis blanquillas. Fuime así dando bordos y sondando la tierra. Acomodéme a la sopa, que la tenía cierta; pero había de andar muy concertado relojero, que faltando a la hora prescribía, quedándome a oscuras. Aprendí a ser buen huésped, esperar y no ser esperado.

No dejaba de darme pena tanto cuidado y andar holgazán: porque en este tiempo me enseñé a jugar la taba, el palmo y al hoyuelo. De allí subí a medianos: aprendí el quince y la treinta y una, quínolas y primera. Brevemente salí con mis estudios y pasé a mayores, volviéndolos boca arriba con topa y hago. No trocara esta vida de pícaro por la mejor que tuvieron mis pasados. Tomé tiento a la corte, íbaseme sotilizando el ingenio por horas, di nuevos filos al entendimiento y, viendo a otros menores que yo hacer con caudal poco mucha hacienda y comer sin pedir ni esperarlo de mano ajena -que es pan de dolor, pan de sangre, aunque te lo dé tu padre-, con deseo desta gloriosa libertad y no me castigasen como a otros por vagabundo, acomodéme a llevar los cargos que podían sufrir mis hombros.

Larga es la cofradía de los asnos, pues han querido admitir a los hombres en ella y han estado comedidos en llevar las inmundicias con toda llaneza por aliviarles el trabajo; mas hay hombres tan viles, que se lo quitan del serón y lo cargan sobre sí, por tener un azumbre más de vino para beber. ¡Ved a lo que se estiende su fuerza!

Guzmán y las mujeres

[El texto corresponde a la parte segunda, libro III, capítulo 3º, cerca del final de la obra. Tras una larga temporada en Italia sirviendo a distintos amos, Guzmán viene a Madrid, donde se dedica a la compra-venta fraudulenta de distintas propiedades a las ordenes de un experimentado estafador, con cuya hija contrae matrimonio. La mujer acostumbrada a la vida regalada con su padre gasta sin medida ahora de los ingresos del marido, sumiendo al pícaro en la mayor infelicidad.]

Verdaderamente, cuando el matrimonio contraído es malo de desanudar, cuando está mal unido, es peor de sufrir. Porque la mujer sediciosa es como la casa que toda se llueve, y tanto cuanto resplandece más en prudencia y buen gobierno, cuando se quiere acomodar con la virtud, tanto más queda oscura, insufrible y aborrecida en apartándose de ella.

¡Qué facilidad tienen para todo! ¡Qué habilidad escotista para cualquier cosa de su antojo! No hay juicio de mil hombres que iguallen a sólo el de una mujer para fabricar una mentira de repente. Y aunque suelen decir que el hombre que apetece soledad tiene mucho de Dios o de bestia, yo digo que no es tanta la soledad que el solo padece, cuanta la pena que recibe quien tiene compañía contra su gusto.

Caséme rico: casado estoy pobre. Alegres fueron los días de mi boda para mis amigos y tristes los de mi matrimonio para mí. Ellos los tuvieron buenos y se fueron a sus casas; yo quedé padeciéndolos malos en la mía, no por más que por quererlo así mi mujer y ser presuntuosa. Era gastadora, franca, liberal, enseñada siempre a verme venir como abeja, cargado de regalos. No llevaba en paciencia verme salir por la mañana y que a mediodía volviese sin blanca. Perdía el juicio cuando veía que lo pasado faltaba. Pues ya -¡pobre de mí!- cuando del todo se acabó el aceite y sintió que se ardían las torcidas, cuando no habiendo qué comer ni adónde salirlo a buscar, se sacaban de casa las prendas para vender. ¡aquí era ello! Aquí perdió pie y paciencia. Nunca más me pudo ver. Aborreciome como si fuera su enemigo verdadero.

Ni mis blandas palabras, amonestaciones de su padre ni ruego de sus deudos, conocidos, ni de parientes, fueron parte para volverme a su gracia. Huía de la paz, porque la hallaba en la discordia; amaba la inquietud, por ser su sosiego; tomaba por venganza retirarse a solas, faltándome a la cama y mesa y aun dejaba de comer muchas veces, porque sabía lo bien que la quería y que con aquello me martirizaba. No sabía ya qué hacerme ni cómo gobernarme, porque todo tenía dificultad en faltando la causa de su gusto, que sólo consistía en el mucho dinero.

Verdaderamente parece que hay mujeres que solo se casan para hacer ensayo del matrimonio, no más de por su antojo, pareciéndoles como casa de alquiler: si me hallare bien, bien, y si mal, todo será hacerlo bulla, que no ha de faltar un achaque y dos testigos falsos para un divorcio.

escotista: sutil, inteligente. El adjetivo proviene del apellido del filósofo medieval Duns Scoto, conocido como el “Doctor subtilis” por su extremada habilidad dialéctica.

2ª, III,6

Llegaron a Sevilla Guzmán de Alfarache y su mujer. Halla Guzmán a su madre ya muy vieja, vásele su mujer a Italia con un capitán de galera, dejándolo solo y pobre. Vuelve a hurtar como solía

Como los que se escapan de algún grave peligro, que pensando en él siempre aún les parece no verse libres, me acuerdo muchas veces y nunca se me olvida mi mala vida -y más la del discurso pasado-, el mal estado, poca honra, falta de respeto que tuve a Dios todo aquel tiempo que seguí tan malos pasos. Admirándome de mí, que fuese tan bruto y más que el mayor de los hombres, pues ninguno de todos los criados en la tierra permitieran lo que yo: haciendo caudal de la torpeza de mi mujer, poniéndola en la ocasión, dándole tácita licencia y aun expresamente mandándole ser mala, pues le pedía la comida, el vestido y sustento de la casa, estándome yo holgando y lomienhiesto. ¡Terrible caso es y que pensase yo de mí ser hombre de bien o que tenía honra, estando tan lejos della y falto del verdadero bien! ¡Que por tener para jugar seis escudos, quisiese manchar los de mis armas y nobleza, perdiendo lo más dificultoso de ganar, que es el nombre y la opinión! ¡Que, profanando un tan santo sacramento, usase de manera dél que, habiendo de ser el medio para mi salvación, lo hiciese camino del infierno, por sólo tener una desventurada comida o por un triste vestido! ¡Que me pusiese a peligro que a espalda vuelta y aun rostro a rostro, me lo pudiesen dar por afrenta, obligándome a perder por ello la vida!

Que un hombre no pueda más, que lo sepa y disimule, o por el mucho amor o por el mucho dolor o por no dar otra campanada mayor, no me admira. Y no solamente pudiera no ser esto vicio; mas virtud y mérito, no consintiéndolo ni dando favor o entrada para ello. Mas que, como yo, no sólo gustaba dello, mas que, si necesario era, les echaba, como dicen, la capa encima, no sé si estaba ciego, si loco, si enhechizado, pues no lo consideraba, o cómo, si lo consideré, no le puse remedio, antes lo favorecía. ¡Oh loco, loco, mil veces loco! ¡Qué poco se me daba de todo, sin reparar en lo mal que se compadecían honra y mujer guitarrera ni que diese solaz a otros que a mí con ella! Suelen los hombres para obligar a las damas darlas músicas y cantarles en las calles; pero mi mujer enamoraba los hombres yéndoles a tañer y a cantar a sus casas. Bien claro está de ver que tales gracias de suyo son apetecibles. ¿Pues cómo, convidando con ellas, no me las habían de codiciar? ¿Qué juicio tiene un hombre que a ladrones descubre sus tesoros? ¿Con qué descuido duerme o cómo puede nunca reposar sin temor que no se los hurten? ¡Que fuese yo tan ignorante, que, ya que pasaba por semejante flaqueza, viniese por interés a dar en otra mayor, loar en las conversaciones en presencia de aquellos que pretendían ser galanes de mi esposa, las prendas y partes buenas que tenía, pidiéndole y aun mandándole que descubriese algunas cosas ilícitas, pechos, brazos, pies y aun y aun... -quiero callar, que me corro de imaginarlo- para que vieses si era gruesa o delgada, blanca, morena o roja! ¡Que ya todo anduviese de rompido, que aquello que en otro tiempo abominaba, con el uso y frecuentación se me hiciese fácil y entretenimiento! ¡Que le consintiese visitas y aun se las trujese a casa y, dejándolas en ella, me volviese a ir fuera, y sobre todo quisiese hacerlos tontos a todos, para que me diesen a entender que creían ser aquello bueno y lícito, siendo depravado y malo! ¡Que la hiciese salir a solicitar comisiones y buscarme ocupaciones a casa de personajes que la codiciaban, y que me diese por desentendido de la infamia con que a su casa volvía con ellas o sin ellas! ¡Que, dándole tantos banquetes, joyas, dineros y vestidos quisiera yo creyesen se los daban a humo muerto y por sus ojos bellidos, por amistad sola, sencilla, sin doblez y sin otra pretensión! ¿Qué puedo responderme o qué podía esperarse de mí, que no sólo lo consentía, mas juntamente lo causaba?

-Repasa las características de la novela picaresca. A continuación señala las analogías entre las figuras de Guzmán y Lázaro de Tormes.

-Distingue en cada uno de los textos los hechos de las opiniones vertidas por el narrador protagonista.

-La degradación de Guzmán llega a un extremo notable en el último texto. Explica en qué consiste. Analiza la función de la anáfora y el paralelismo sintáctico.

-A la vista de lo que a Lázaro de Tormes y a Guzmán les ocurre con sus mujeres, redacta un pequeño comentario acerca del papel de la mujer o del amor en la literatura picaresca.

El Patrañuelo

Fue publicado por Juan de Timoneda en Valencia en año 1567. Está compuesto de 22 cuentos o patrañas, palabra cuyo significado equivale a refrán, sentencia, fábula e incluso mentira. Cada relato viene precedido de cuatro versos en forma de redondilla, que resumen su contenido.

Nota preliminar: presentamos una edición modernizada de El Patrañuelo, de Juan Timoneda, Valencia, Joan Mey, 1567, basándonos en la edición de Rafael Ferreres (Timoneda, Juan, El Patrañuelo, Madrid, Castalia, 1979).

Patraña décima

*Por causa de un cadenón
a Marquina maltrataron,
las narices le cortaron,
y a su marido un jubón.*

Tancredo, gentilhombre, sirviendo a Celicea, mujer casada, que vivía junto a casa de un barbero, fue tanta la conversación que tuvo con Marquina, mujer del barbero, que, hallándola llorando un día, le dijo:

-Sepa yo de vuesa merced de qué llora, señora.

Respondió:

-¿No le parece que tengo de qué llorar, señor, que ya ha dos meses que no ceno ni duermo con mi marido?

Dijo:

-¿Por qué respecto, señora?

Respondió:

-Porque lo merece, pues no me quiere dar treinta ducados que me ha prometido para un cadenón de oro de estos que se usan.

Dijo Tancredo:

-¿Y de eso se ha de fatigar, señora? Yo se los prometo de dar, con tal que recabe vuesa merced con la señora, su vecina, Celicea, haga lo que por diversas veces le tengo rogado.

Marquina, codiciosa de haber cadenón, prometiéndoselo, dióle parte a Celicea de la pasión que Tancredo por ella pasaba, importunándola que no dejase de hacer por él, sabiendo que era hombre de bien, y que le podía socorrer en muchas necesidades. Fue tanta la importunación de Marquina, que Celicea le dio palabra de hacer lo que mandase, y que sería de esta suerte: que su marido de allí a dos días se había de ir de la ciudad, y que ella le daría entrada, pero con tal condición que fuese por su casa por más guardar su honestidad. Hecho el concierto, el marido de Celicea, ya recelándose de Tancredo, antes que se partiese pidió a Marquina una navaja, diciendo que la había mucho menester. Dejada, fue su camino. A la noche entrando Tancredo en casa de su señora Celicea por el tejado del barbero, a cabo de rato tocó a la puerta el marido, por donde de presto se volvió a salir. El marido, viendo la cama sahumada, reconoció toda la casa, y vuelto a su mujer, le dijo:

-¿Qué es esto, mala mujer? ¿Qué, teníais algún concierto? ¿Paréceos bien no estando vuestro marido en la ciudad hacer estas putañerías?

Ella disculpándose lo mejor que pudo, y él amenazándola, de puro enojo, apechugó con ella y la ató en un pilar que había en medio de la casa, con las manos atrás, y dejola allí, diciendo:

-¡Esa será tu cama sahumada, bellaca, traidora, y ahí dormirás esta noche!

Y él acostose en su cama. Como la mujer gimiese y llorase, y la buena de la barbera estuviese acechando lo que pasaba, por codicia de ganar los veinte o treinta ducados para su cadenón, entrese queditamente por el terrado, y acercándose a Celicea, le dijo:

-Señora, el mejor remedio del mundo tienes ahora si tú quieres hacer por Tancredo, pues tu marido está sin lumbre y duerme.

Respondiolo:

-¿Cómo o de qué manera?

-De esta -dijo Marquina-; que yo te desataré de donde estás, y tú atarme has a mí, porque si viniere a reconocerte tu marido, no te halle menos; y vete corriendo, que en mi terrado hallarás a Tancredo que te está esperando.

Contenta, desatada que fue Celicea, ató muy bien a Marquina, y fuese a holgar con su amante.

En este medio, como el marido despertase y se viese sin lumbre, dijo:

-¿Qué tal estáis, mujer? ¿Dormís o veláis?

Como Marquina callase por no ser descubierta, levantose de presto el marido, diciendo: ¡Qué! ¿soy algún loco yo por ventura, mujer, que no me volvéis respuesta? ¡Espera, que yo os haré que hagáis mal gozo a quien bien os quiere!

En esto tomó la navaja, y, acercándose a ella le cortó las narices y volviose a acostar. A cabo de rato vino Celicea y desató a Marquina, y Marquina ató a la señora, dándole parte cómo su marido le había cortado las narices, pensando que fuese ella; la cual se fue sin narices, muy congojada, a su posada, y a Tancredo dio despedida, recibiendo los treinta ducados prometidos.

Celicea, a cabo de rato, empezó a quejarse, diciendo:

-¡Señor Dios! pues vos sois testigo si tengo culpa o no de lo que me ha levantado mi marido, mostrad ahora milagro en mí en curarme de mis narices.

De allí a otro poco, dijo:

-¡Gracias os hago, Señor, que estoy buena y sana, sin mirar a las demencias de mi marido!

Oyendo sus quejas, levantándose de presto, encendió lumbre, y encendida, fuese hacia su mujer, y en verla con narices arrodillose a sus pies muy devotamente, diciendo:

-¡Perdonadme, señora mujer, por el falso testimonio que os he levantado!

Perdonándole, desatola y fuéronse a acostar marido y mujer muy regocijadamente.

El marido de la barbera, como se levantase antes del día porque había de ir a afeitar fuera de la ciudad, y reconociese su estuche, y tentado, hallase menos la navaja, fue a pedirla a su mujer, y como ella le diese mala respuesta, tirole el estuche, por donde ella empezó a gritar y dar voces:

-¡Ay, el traidor, ay, el mal hombre, que me ha cortado las narices!

A las desaforadas voces subió el alcalde, que iba rondando por la ciudad, para ver lo que podía ser aquello. Viendo la mujer sin narices, queriendo apañar de vuestro barbero y él arrancase de su espada haciendo resistencia, porque fue herido el porquerón lo llevaron a la cárcel, y por resistencia, a cabo de días, le azotaron por la ciudad.

Así que, por codicia de una cadena de oro, fue la barbera desnarigada y el marido azotado.

Patraña catorcena

*A un muy honrado abad
sin doblez, sabio, sincero,
le sacó su cocinero
de una gran necesidad.*

Queriendo cierto Rey quitar el abadiado a un muy honrado abad y dar a otro, por ciertos revolvedores, llamole y díjole:

-Reverendo padre, porque soy informado que no sois tan docto cual conviene y el estado vuestro requiere, por pacificación de mi reino y descargo de mi conciencia, os quiero preguntar

tres preguntas, las cuales, si por vos me son declaradas, haréis dos cosas: la una, hacer que queden mentirosas las personas que tal os han levantado; la otra, que os confirmaré para toda vuestra vida el abadiado; Y si no, habréis que perdonar.

A lo cual respondió el abad:

-Diga Vuestra Alteza, que yo haré toda mi posibilidad de haberlas de declarar.

-Pues, ¡sus! -dijo el Rey-. La primera que quiero que me declaréis es que me digáis yo cuánto valgo; y la segunda, que adónde está el medio del mundo; y la tercera, qué es lo que yo pienso. Y porque no penséis que os quiero apremiar que me las declaréis de improviso, andad, que un mes os doy de tiempo para pensar en ello.

Vuelto el abad a su monasterio, por bien que miró sus libros y diversos autores, por jamás halló para las tres preguntas respuesta que suficiente fuese. Con esta imaginación, como fuese por el monasterio argumentando entre sí mismo muy elevado, díjole un día su cocinero:

-¿Qué es lo que tiene su paternidad?

Celándose el abad, tornó a replicar el cocinero, diciendo:

-No deje de decírmelo, señor, porque a veces, debajo de ruin capa yace buen bebedor; y las chicas piedras suelen mover las grandes carretas.

Tanto se lo importunó que se lo hubo de decir. Dicho, dijo el cocinero:

-Vuestra paternidad haga una cosa; y es que me preste sus ropas, y rapareme esta barba, y como le semejo algún tanto, y vaya de par de noche en la presencia del Rey, no se dará acato del engaño. Así que, teniéndome por su paternidad, yo le prometo de sacarle de trabajo, a fe de quien soy.

Concediéndoselo el abad, vistiose vuestro cocinero de sus ropas, y con su criado detrás, con toda aquella ceremonia que convenía, vino en presencia del Rey. El Rey, como le vio, hízole asentar cabe sí, diciendo:

-Pues, ¿qué hay de nuevo, abad?

Respondió el cocinero:

-Vengo delante de Vuestra Alteza para satisfacer por mi honra.

-¿Así? -dijo el Rey-. Veamos qué respuestas traéis a mis tres preguntas.

Respondió el cocinero:

-Primeramente, a lo que me preguntó Vuestra Alteza que cuánto valía, digo que vale veintinueve dineros, porque Cristo valió treinta. Lo segundo, que dónde está el medio del mundo, es a donde tiene su Alteza los pies; la causa que como sea redondo como bola, adonde pusieren el pie es el medio de él; y esto no se me puede negar. Lo tercero, que dice Vuestra Alteza que diga qué es lo que piensa, es que cree hablar con el abad, y está hablando con su cocinero.

Admirado el Rey de esto, dijo:

-¿Que eso pasa en verdad?

Respondió:

-Sí, señor, que soy su cocinero; que para semejantes preguntas era yo suficiente, y no mi señor el abad.

Viendo el Rey la osadía y viveza del cocinero, no sólo le confirmó la abadía al abad para todos los días de su vida, pero hízole infinitísimas mercedes al cocinero.

LA PROSA RELIGIOSA

Santa Teresa de Jesús

La fascinante personalidad de Santa Teresa tiene en la literatura una de sus vertientes más fecundas. Además de poemas y meditaciones bíblicas escribió cuatro importantes obras en prosa: El Libro de la vida cuenta de sus experiencias biográficas y espirituales para edificación de las monjas a las que gobernaba. El Libro de las Fundaciones —complemento del anterior— relata los problemas a los que se enfrentó para fundar dieciocho conventos carmelitas reformados. Camino de perfección fue escrito por consejo de sus confesores para recoger sus experiencias místicas. El castillo interior o tratado de las moradas supone la culminación de la literatura mística. Se describe allí con detalle, naturalidad y estilo sencillo su itinerario hasta llegar al encuentro con Dios: un camino basado en la oración. A este último pertenece el fragmento seleccionado (Morada séptima, cap. 4º)

(Edición digital basada en la 3ª ed., Argentina, Espasa - Calpe, 1943)

Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron a Cristo nuestro Señor fueron los de mayores trabajos: miremos los que pasó su gloriosa Madre y los gloriosos Apóstoles. ¿Cómo pensáis que pudiera sufrir san Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver qué efectos hacen las verdaderas visiones y contemplación cuando es de nuestro Señor, y no imaginación u engaño del Demonio. ¿Por ventura ascondióse con ellas para gozar de aquellos regalos y no entender en otra cosa? Ya lo veis, que no tuvo día de descanso, a lo que podemos entender, y tampoco le debía de tener de noche, pues en ella ganaba lo que había de comer. Gusto yo mucho de san Pedro cuando iba huyendo de la cárcel y le apareció nuestro Señor, y le dijo que iba a Roma a ser crucificado otra vez. Nenguna rezamos esta fiesta adonde esto está que no me es particular consuelo; ¿cómo quedó san Pedro de esta merced del Señor u qué hizo? Irse luego a la muerte, y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé! Oh, hermanas mías, qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honras, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma adonde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con Él, como es razón, poco se debe acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle y en qué u por dónde mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras. Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha a Dios, como ya os he dicho; porque poco me aprovecha estarme muy recogida a solas, haciendo atos con nuestro Señor, propuniendo y prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí, que se ofrece la ocasión, lo hago todo al revés. Mal dije que aprovechará poco, que todo lo que se está con Dios aprovecha mucho, y estas determinaciones, aunque seamos flacos en no las cumplir después, alguna vez nos dará su Majestad cómo lo hagamos, y an quizá, aunque nos pese, mucho hace muchas veces, que como ve un alma muy cobarde, dale un muy gran trabajo bien contra su voluntad y sácala con ganancia, y después, como esto entiende el alma, queda más perdido el miedo para ofrecerse más a Él. Quise decir que es poco, en comparación de lo mucho más que es que conformen las obras con los atos y palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco a poco: vaya doblando su voluntad si quiere que le aproveche la oración, que dentro de estos rincones no faltarán hartas ocasiones en que lo podáis hacer. Mirá que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer.

Poné los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro, que el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced, y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay esta muy de veras, an por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Ansí que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurará

ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo u por dónde las podéis hacer placer y servir, pues lo que hicierdes en este caso, hacéis más por vos que por ellas, puniendo piedras tan firmes que no seos caya el Castillo. Torno a decir que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar, porque si no procuráis virtudes y hay ejercicios de ellas, siempre os quedaréis enanas, y an plega a Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, decrece; porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser adonde le hay.

Pareceros ha que hablo con los que comienzan, y que después pueden ya descansar: ya os he dicho que el sosiego que tienen estas almas en lo interior es para tenerle muy menos ni querer tenerle en lo exterior. ¿Para qué pensáis que son aquellas inspiraciones que he dicho, u por mejor decir, aspiraciones, y aquellos recaudos que envía el alma del centro interior a la gente de arriba del Castillo y a las Moradas que están fuera de donde ella está? ¿Es para que se echen a dormir? ¡No, no, no!, que más guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas las potencias y sentidos y todo lo corporal, que les ha hecho cuando andaba con ellos padeciendo, porque entonces no entendía la ganancia tan grande que son los trabajos, que, por ventura, han sido medios para traerla Dios allí, como la compañía que tiene le da fuerzas muy mayores que nunca. Porque si acá dice David que con los santos seremos santos, no hay que dudar sino que estando hecha una cosa con el fuerte, por la unión tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza, y así veremos la que han tenido los santos para padecer y morir. Es muy cierto, que an de la que a ella allí se le pega, acude a todos los que están en el Castillo, y an al mismo cuerpo, que parece muchas veces no siente, sino, esforzado con el esfuerzo que tiene el alma bebiendo del vino de esta bodega, adonde la ha traído su Esposo, y no la deja salir, redundando en el flaco cuerpo, como acá el manjar que se pone en el estómago da fuerza a la cabeza y a todo él. Y así tiene harta mala ventura mientras vive, porque, por mucho que haga, es mucho más la fuerza interior y la guerra que se le da, que todo le parece nonada. De aquí debían venir las grandes penitencias que hicieron muchos santos, en especial la gloriosa Madalena, criada siempre en tanto regalo, y aquella hambre que tuvo nuestro padre Elías de la honra de su Dios, y tuvo santo Domingo y san Francisco de allegar almas, para que fuese alabado, que yo os digo que no debían pasar poco, olvidados de sí mismos. Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oración. No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo, y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que Él fue y han ido todos sus santos. No nos pase por pensamiento: créeme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas, para que se salven y siempre le alaben.

- ¿Cuál es el tema del texto? Resume los principales consejos de la autora a sus monjas.
- Subraya la presencia del receptor en el fragmento.
- Identifica los principales argumentos de Santa Teresa para defender sus tesis.
- Analiza la presencia y función de la interrogación retórica y de las expresiones conversacionales.

- Resume el argumento de cada patraña.
- Explica la relación entre el cuento y los versos que le preceden.
- Comenta la presencia del diálogo en ambos textos.